

Juana, con los ojos fijos en la puerta, continuaba con la gran pena de la brusca partida de su madre. Volvió la cabeza; la habitación estaba vacía y silenciosa; pero la niña oía aún la prolongación de los ruidos, de los pasos precipitados que se alejaban, un roce de faldas, la puerta del piso cerrada violentamente. Después no se oyó nada. Y estaba sola.

Sola completamente, completamente sola. Sobre la cama, la bata de su madre, tirada de cualquier modo, colgaba con las faldas extendidas y una manga caída sobre el travesaño, con la postura extrañamente aplastada de una persona que hubiese caído allí sollozando y como vencida por un dolor inmenso.

Sobre el suelo yacían piezas de ropa blanca. Una pañoleta negra formaba allí una mancha de luto. En el desorden de las empujadas sillas, del velador arrastrado hasta el armario de luna, se hallaba Juana completamente sola, y sentía que las lágrimas la asfixiaban al contemplar aquella bata

en la que no estaba su madre, y que yacía caída con dejadez de muerta.

Juntó las manos la niña, y llamó por última vez:
—Mamá... Mamá...

Pero los cortinajes de terciopelo azul ensordecían la habitación. No había más; estaba sola.

Entonces, pasó el tiempo. En el reloj sonaron las tres. Un día obscuro y triste penetraba por las ventanas. Pasaban nubes de color de sebo, que ensombrecían más aun el cielo. Al través de los cristales, empañados por ligera neblina, se distinguía un París brumoso, borrado en una especie de vapor de agua, con lejanías perdidas en grandes humaredas. Ni siquiera la ciudad estaba allí para hacer compañía á la niña, como en aquellas claras tardes en que le parecía que, inclinándose un poco, iba á tocar los barrios con la mano.

¿Qué iba á hacer? Sus bracitos desesperados se oprimieron contra su pecho. Su abandono se le aparecía negro, sin límites, de una injusticia y de una maldad que la enfurecían. No había visto nunca nada más feo, y le parecía que todo iba á desaparecer, que nada volvería.

Después vió á su lado, en un sillón, á la muñeca, sentada, con la espalda apoyada en un cajón, las piernas estiradas, y mirándola como si fuese una persona. Aquella no era su muñeca mecánica, sino una gran muñeca de cabeza de cartón, con el pelo rizado y ojos de esmalte, cuya fija mirada la turbaba á veces; en dos años que llevaba vistiéndola y desnudándola, la cabeza se le había desconchado por la barba y las mejillas, y los miembros de ro-

sada piel rellenos de aserrín habían adquirido una languidez, una blandura desmadejada de trapos viejos. La muñeca, entonces, estaba vestida con traje de noche, con sólo una camisa, y con los brazos dislocados, uno hacia arriba y el otro hacia abajo. Entonces Juana, al ver que había alguien con ella, se sintió menos desgraciada. Tomó á la muñeca en brazos, y la apretó fuerte, en tanto que la cabeza se le caía hacia atrás, con el cuello roto. Y la niña le hablaba; era la mejor, tenía buen corazón; no salía nunca ni la dejaba sola completamente. Era su tesoro, su gatita, su corazoncito. Temblando de pies á cabeza, y conteniéndose para no llorar aún, la cubrió de besos.

Esta furia de caricias la vengaba un poco; la muñeca cayó sobre su brazo como un pingajo. Juana se había levantado, y miraba hacia fuera, con la frente apoyada en un cristal. La lluvia había cesado, y las nubes del último chubasco, arrebatadas por una ráfaga de viento, rodaban hacia el horizonte, por las alturas del Père-Lachaise, anegadas en líneas grises; y París, sobre aquel fondo de tempestad, iluminado por una luz uniforme adquiría una grandeza solitaria y triste. Parecía despojado, semejante á esas ciudades de las pesadillas que se ven en un reflejo de astro muerto. La verdad es que no era bonito.

Vagamente pensaba Juana en los seres á quienes había querido desde que estaba en el mundo. Su buen amigo más antiguo, en Marsella, había sido un gatazo pardo, que pesaba muchísimo. La niña lo cogía por debajo del vientre, apretando los bracitos,

y de aquel modo lo llevaba de una silla á otra sin que el animal se incomodase; después había desaparecido, y esta era la primera maldad de que se acordaba. En seguida había tenido un gorrión; éste había muerto, y una mañana se lo había encontrado sin vida en la jaula; ya eran dos. No contaba los juguetes que se rompían para darle pena, ni las injusticias de todas clases que la hacían sufrir muchísimo, porque era demasiado tonta. Una muñeca sobre todo, no más alta que la mano, la había desesperado dejándose aplastar la cabeza; la había querido tanto, que á escondidas la había enterrado en un rincón del patio; y más tarde, asaltada por la necesidad de volver á verla, la desenterró y se puso mala de miedo, al hallarla tan negra y tan fea. Siempre eran los demás los primeros en dejar de querer. Se rompían, partían; en fin, que era culpa de ellos. ¿Por qué? Ella no cambiaba. Cuando quería á alguien, le duraba toda la vida. Ella no comprendía el abandono. Este era una cosa enorme, monstruosa, que no podía entrar en su corazoncito sin hacerlo estallar. Asaltábale un escalofrío al pensar ideas confusas, lentamente despertadas en ella. De modo que un día se separaban las personas y se iba cada cual por su lado, y no se veían más ni se querían más. Y con los ojos fijos en París, en aquel París inmenso y melancólico, permanecía Juana completamente fría, ante lo que su pasión de doce años adivinaba de las crueldades de la existencia.

Entre tanto, su aliento había empañado los cristales. Juana borró con la mano la neblina que

le impedía ver. Algunos monumentos, á lo lejos, lavados por el chubasco, ofrecían reflejos de espejos bruñidos. Hileras de casas, limpias, de fachadas pálidas, entre medio de los tejados, parecían piezas de ropa blanca extendidas, una colada colosal secándose en prados de rojiza hierba. El día se aclaraba, y la cola de nube que cubría aún con un vapor la ciudad, dejaba pasar la radiación lechosa del sol; y se sentía una alegría vacilante por cima de los barrios, y se veían algunos rincones en que el cielo iba á sonreír. Juana miraba hacia abajo, al muelle y á las cuestas del Trocadero, y veía volver á empezar la vida de las calles, después de aquella ruda lluvia que caía en fuertes chaparrones. Los fiacres volvían á adquirir sus lentos vaivenes, en tanto que los ómnibus, en el silencio de las calzadas desiertas aun, pasaban con redoblada sonoridad. Cerrábanse algunos paraguas; los transeúntes cobijados bajo los árboles se arriesgaban á pasar de una acera á otra, en medio del chorrear de los charcos que fluían hasta las cloacas.

Juana se interesaba sobre todo por una señora con una niña, muy bien aderezadas, á quienes veía en pie bajo el toldo de una vendedora de juguetes, cerca del puente. Sin duda se habían refugiado allí por haberles sorprendido la lluvia. La niña revolvió el tenderete, y atormentaba á la señora para que le comprara un aro; y las dos se iban ya; la niña corriendo, sonriente é indócil, hacía correr el aro por la acera. Entonces Juana se volvió á poner muy triste; su muñeca le pareció horrible. Era un aro lo que quería, y estar allá abajo, y correr, mien-

tras su madre, detrás de ella, anduviera á pasitos cortos, gritándole que no fuera tan lejos.

Todo se empañaba. Cada minuto tenía que limpiar el cristal. Le habían prohibido que abriese la ventana, pero se sentía llena de rebelión, y quería por lo menos mirar hacia afuera, ya que no se la llevaban. Abrió y se apoyó con los codos como una persona mayor, como su madre, cuando se ponía allí sin hablar una palabra.

El aire era suave, de dulzura húmeda, que á Juana le parecía muy bueno. Una sombra, extendida poco á poco sobre el horizonte, le hizo levantar la cabeza. Tenía la sensación de que, por cima de ella, había un pájaro gigante, con las alas tendidas. Al pronto no vio nada; el cielo permanecía claro; pero una mancha sombría se dejó ver en el ángulo del tejado, se desbordó, invadió el cielo. Era una nueva ráfaga, impelida por un terrible viento del Oeste. El día se había oscurecido rápidamente, y la ciudad estaba negra, con resplandor lívido que daba á las fachadas un tono de moho antiguo. Casi en seguida cayó la lluvia. Las calzadas quedaron barridas. Volviéronse algunos paraguas, y los transeúntes, huyendo por todas partes, desaparecieron como por ensalmo. Una señora vieja se llevaba las manos á las faldas, en tanto que el chubasco caía sobre su sombrero con pesadez de canalón. Y la lluvia andaba, y se podía seguir el vuelo de la nube, por la furiosa carrera del agua hacia París; la línea de gruesas gotas enfilaba las avenidas de los muelles, con galope de caballo desbocado, levantando un polvillo cuya pequeña hu-

mareada blanca rodaba al ras del suelo con velocidad prodigiosa; bajaba por los Campos Elíseos, se engolfaba en las largas calles rectas del barrio de San Germán, llenaba de un salto las anchas llanuras, las plazas vacías, las encrucijadas desiertas. En algunos segundos, tras aquella trama cada vez más espesa, la ciudad palideció, pareció fundirse. Fué como una cortina lanzada oblicuamente del ancho cielo á la tierra. Subían vapores, y el chapoteo inmenso tenía el ruido ensordecedor de herrajes removidos.

Juana, aturdida por el clamor, retrocedía. Parecía que una pared de color opaco se había alzado delante de ella. Pero adoraba la lluvia, y volvió á apoyarse de codos, y alargó los brazos, para sentir las gruesas gotas frías aplastándose en sus manos. Aquello la divertía, y se empapaba hasta las mangas. Su muñeca, como ella, debía de tener dolor de cabeza. De modo que acababa de ponerla á horcajadas en la baranda, con la espalda apoyada en la pared. Y al ver que las gotas la salpicaban, pensaba Juana que la lluvia le hacía mucho bien. La muñeca, muy rígida, con la eterna sonrisa de sus dientesillos, tenía un hombro chorreando, en tanto que las ráfagas de viento le levantaban la camisa. Su pobre cuerpecito, relleno de aserrín, tiritaba.

¿Por qué no se la había llevado su madre? Juana hallaba en aquel agua que le golpeaba las manos, una nueva tentación de estar fuera. Se debía de estar muy bien en la calle. Y volvía á ver, detrás del velo del chaparrón, á la niña que hacía correr el aro sobre la acera. No había que decir; aquella había salido con

su madre. Hasta parecían las dos soberanamente contentas. Aquello probaba que también salían las niñas cuando llovía. Pero para ello era preciso querer llevarlas. ¿Por qué no habían querido? Entonces volvió Juana á pensar en el gato rojo que se le había marchado, con la cola levantada, hacia las casas de enfrente, y después en aquel pobre animalillo, el gorrión, á quien había intentado hacer comer cuando estaba muerto, y que había hecho como que no entendía. Estos recuerdos se la ocurrían siempre; no la querían con bastante fuerza. ¡Oh! Ella habría estado lista en dos minutos; los días en que le gustaba se vestía en seguida. Las botinas que le abrochaba Rosalía, el gabancito, el sombrero, y ya estaba. Bien hubiera podido su madre esperar dos minutos. Cuando bajaba á casa de sus amigos, no sentía tanta prisa como aquella tarde; cuando iba al Bosque de Bolonia la paseaba lentamente, cogida de la mano, y se paraba en cada tienda de la calle de Passy. Y Juana no adivinaba y sus negras cejas se enarcaban y sus delicadas facciones adquirían la celosa dureza que la comunicaba el rostro descolorido de solterona mala. Comprendía Juana confusamente que su madre iba á algún sitio al que no iban los niños. No se la había llevado para ocultarle algo. Al ocurrírsele estos pensamientos, su corazón se oprimía con tristeza indecible, y se sentía mal.

La lluvia se hacía más fina, y comenzaban á notarse algunas transparencias al través de la cortina que velaba á París. La cúpula de los Inválidos fué la primera en aparecer, ligera y temblorosa, en la vibración reluciente del chubasco. Después, bro-

taban los barrios de la ola que se retiraba, y la ciudad pareció salir de un diluvio, con sus techos chorreantes, en tanto que nuevos arroyos llenaban otra vez las calles con una especie de vapor. Pero, de pronto, brotó una llama y cayó un rayo de luz en medio del chubasco. Entonces, por espacio de un instante, fué una sonrisa entre lágrimas. Ya no llovía en el barrio de los Campos Elíseos, y la lluvia caía sobre la orilla izquierda, la ciudad, las lejanías de los arrabales. Veíase caer las gotas como flechas de acero, delgadas y abundantes entre el sol. Hacia la derecha se dibujaba un arco iris. A medida que el rayo de sol se ensanchaba, fajas rosadas y azules pintaban el horizonte con confusión de acuarela infantil. Hubo una especie de flamear, una caída de nieve de oro sobre una ciudad de cristal. Y el rayo se extinguió; había rodado una nube, y la sonrisa se anegaba en las lágrimas, y París goteaba con largo ruido de sollozos, bajo el cielo de color de plomo.

Juana, con las mangas chorreando agua, tuvo un golpe de tos. Pero no sentía el frío que la penetraba, pues estaba absorta por la idea de que su madre había bajado á París. Había acabado la niña por conocer tres monumentos, los Inválidos, el Panteón y la torre de Santiago; repetía sus nombres, y los señalaba con el dedo, sin imaginar cómo podrían ser cuando se les mirara de cerca. Sin duda su madre se hallaba allá abajo; y la ponía en el Panteón, porque éste era el que más le asombraba, enorme y erguido en el aire, como el penacho de la gran ciudad. Después, se preguntaba,

París seguía siendo para ella el lugar á donde no iban los niños. No la llevaban nunca. Hubiera querido saber, para decirse tranquilamente: «Mamá está allí, hace esto». Pero le parecía demasiado grande, y no se podía encontrar á nadie en él. Sus miradas saltaban al otro extremo de la llanura. ¿No estaría quizá en aquel otro montón de casas, á la izquierda, sobre una colina? ¿O muy cerca bajo los grandes árboles cuyas desnudas ramas parecían haces de leña? ¡Si hubiera podido levantar los tejados! ¿Qué sería aquel monumento tan negro? ¿Y aquella calle en que corría aquéllo? ¿Y todo aquel barrio que le inspiraba miedo, porque de seguro que allí se pegaban? No distinguía con claridad; pero, sin mentir, aquéllo se movía, aquéllo era muy feo, y las niñas no debían mirarlo. Toda clase de suposiciones vagas, que la daban ganas de llorar, turbaban su ignorancia de niña. Lo desconocido de París, con sus humaredas, su retumbar continuo, su vida poderosa, soplaba hasta ella, en aquel húmedo tiempo de deshielo, un olor de miseria, de inmundicias y de crimen, que hacía desviar su joven cabecita, como si se hubiera inclinado encima de uno de esos pozos apestados, que exhalan la asfixia de su lodo invisible. Los Inválidos, el Panteón, la torre de Santiago... Juana los nombraba, los contaba; después, no sabía más, y se quedaba asustada y avergonzada, con el pertinaz pensamiento de que su madre estaba en aquellas cosas horribles, en alguna parte que ella no adivinaba, en todo lo hondo, allá abajo.

Bruscamente, Juana se volvió. Hubiera jurado
Una página de amor.—TOMO II.

haber sentido pasos en la alcoba, y hasta que una mano ligera acababa de posarse levemente en su hombro. Pero la alcoba estaba vacía, en el pesado desorden en que Elena la había dejado; la bata seguía llorando, alargada, aplastada sobre el travesaño de la cama. Entonces Juana, completamente blanca, recorrió con la mirada toda la estancia, y sintió desgarrado el corazón. Estaba sola, enteramente sola. ¡Dios santo! Su madre, al partir, la había rechazado, y muy fuerte, hasta tirarla al suelo. Recordaba esto con una angustia horrible, y el dolor de aquella brutalidad le volvía á dar en las muñecas y en los hombros. ¿Por qué le había pegado? Ella era buena, y no tenía nada que reprocharse. De ordinario le hablaban con tanta dulzura, que aquella corrección la sublevaba. Experimentaba aquella sensación de sus temores de niña, cuando la amenazaban con el lobo y cuando miraba sin ver; era, en la sombra, como una cosa que fuera á aplastarla. Sin embargo, sospechaba, con el rostro descolorido, hinchado poco á poco por una cólera celosa. De repente, el pensamiento de que su madre debía de querer más que á ella á las personas á cuya casa había ido después de rechazarla con tanta fuerza, le hizo llevarse las dos manos al pecho. Ya comprendía. Su madre le hacía traición.

Sobre París se había cernido una gran ansiedad, á la espera de una nueva borrasca. El aire obscurecido tenía una especie de murmurio, y flotaban espesas nubes. La niña, en la ventana, tosió violentamente; pero se sentía como vengada al tener

frío, y hubiera querido ponerse mala. Con las manos contra el pecho, sentía aumentarse en él su malestar. Era una angustia á la cual se abandonaba su cuerpecito. Temblaba de miedo, sin osar volverse ya, helada por completo á la idea de mirar otra vez á la alcoba. Cuando una es pequeña, no se tienen fuerzas. ¿Qué sería, pues, aquel mal nuevo, cuya crisis la llenaba de vergüenza y de amarga dulzura? Cuando le daban bromas, cuando le hacían cosquillas, á pesar de sus risas había sentido á veces aquel desesperado escalofrío. Envarada por completo, esperaba con una rebeldía de sus miembros inocentes y vírgenes. Y en el fondo de su sér, de su sexo de mujer despertado, brotó un vivo dolor como un golpe recibido de lejos. Entonces, sintiéndose desfallecer, lanzó un grito ahogado: «¡Mamá! ¡Mamá!», sin que se pudiera saber si llamaba á su madre en su socorro, ó si la acusaba por haberla ocasionado aquel mal del cual se moría.

En aquel momento, la tempestad estallaba. En el pesado y ansioso silencio, encima de la ciudad tomada negra, silbó el viento, y se oyó el prolongado crujido de París, las persianas que daban golpes, las tejas que volaban, los tubos de chimenea y los canalones que rebotaban en el empedrado de las calles. Hubo una calma de algunos segundos; después pasó una nueva ráfaga, llenando el horizonte de un soplo tan colosal, que el Océano de techumbres, estremecido, pareció levantar sus olas y desapareció en un torbellino. Por espacio de un instante fué el caos. Enormes nubes, alargadas como manchas de tinta, corrían por medio de las más pequeñas,

dispersas y flotantes, parecidas á andrajos que el viento destrozaba y se llevaba hilo á hilo. Un instante se atacaron dos nubes, se destrozaron entre chispas, que llenaron de fragmentos el espacio de color de cobre; y cada vez que el huracán saltaba de aquella suerte, soplando de todos los puntos del cielo, había en el aire un aplastamiento de ejércitos, un desquiciamiento inmenso cuyos escombros suspendidos iban á enterrar á París. No llovía aún. De pronto, reventó una nube en el centro de la ciudad, y una tromba de agua remontó el curso del Sena; la cinta verde del río, acribillada y manchada por el chapotear de las gotas, se trocaba en un río de fango; y uno por uno, detrás del chubasco, reaparecieron los puentes, adelgazados, ligeros en medio del vapor; en tanto que, á derecha é izquierda, los desiertos muelles sacudían furiosamente sus árboles á lo largo de la línea gris de las aceras. En el fondo, sobre Nuestra Señora, la nube se dividió y derramó tal torrente, que la ciudad quedó sumergida; tan sólo, por lo alto del anegado barrio, nadaban las torres en una clara, como brasas de rescoldo. Pero, por todas partes, el cielo se abría, y la ribera derecha pareció tragada por tres veces. La primera oleada devastó los arrabales lejanos, ensanchándose, golpeando las puntas de San Vicente de Paúl y de la torre de Santiago que blanqueaban bajo la ola. Otras dos, una tras otra, chorrearon sobre Montmartre y sobre los Campos Elíseos. A ratos se distinguían las cristaladas del Palacio de la Industria humeando entre las salpicaduras de la lluvia, San Agustín, cuya cúpula rodaba hasta el fondo de un

jirón de bruma como una luna extinguida, la Magdalena que alargaba su techumbre plana, parecida á las losas baldeadas de algún templo en ruinas; en tanto que, por detrás, la masa enorme y sombreada de la Opera hacía pensar en un barco desmantelado, con la quilla cogida entre dos rocas, y resistiéndose á los embates de la tempestad. En la orilla izquierda, velada por un polvillo de agua, se veían la cúpula de los Inválidos, las agujas de Santa Clotilde, las torres de San Sulpicio, fundiéndose en el aire impregnado de humedad. Ensanchóse una nube, y la columnata del Panteón dejó escapar ríos de agua que amenazaban inundar los barrios bajos. Y desde aquel momento, los golpes de la lluvia hirieron á la ciudad por todas partes, hubiérase dicho que el cielo se derrumbaba sobre la tierra. Las calles se hundían, sumergiéndose hasta el fondo y sobrenadando, en sacudidas cuya violencia parecía anunciar el fin de la ciudad. Subía un retumbar continuo, la voz de los arroyos acrecentados, el trueno de las aguas que se vaciaban en los albañales. Entre tanto, por cima del enlodado París, al que aquellos aguaceros manchaban del mismo tono amarillo, las nubes se deshacían en franjas, adquirían una palidez lívida, esparcida por igual, sin una grieta ni una mancha. La lluvia adelgazaba, rígida y puntiaguda; y cuando soplabá una nueva ráfaga, grandes ondas jaspeaban las grises líneas, y se oía á las gotas oblicuas, casi horizontales, que azotaban las paredes con un silbido, hasta que, decaído el viento, se volvían á poner derechas, pinchando el suelo con obstinada tranquilidad, desde el cerro de Passy á

la llana campiña de Charenton. Entonces, la inmensa ciudad, como destruída y muerta después de una suprema convulsión, extendió su campo de derribadas piedras bajo la desaparición del cielo.

La niña, medio caída junto á la ventana, había balbuceado de nuevo: «¡Mamá! ¡Mamá!»; y una fatiga inmensa la dejaba sin fuerzas, frente al sumergido París. En aquel anonadamiento, con los cabellos despeinados y el rostro mojado de gotas de lluvia, conservaba el gusto de la amarga dulzura que acababa de estremecerla, en tanto que en su interior lloraba el pesar de algo irremediable. Todo le parecía concluído, y veía que se volvía viejísima. Las horas podían transcurrir, que ella no miraba siquiera á la alcoba. Tal desesperación llenaba su corazoncito de niña, que á su alrededor todo estaba negro. Si la riñeran como otras veces, cuando estaba enferma, sería muy injusto. Aquéllo la quemaba, la asaltaba como un dolor de cabeza. Con seguridad que hacía un momento, se le había roto algo en alguna parte. No podía impedirlo. Era preciso que se dejara hacer lo que quisiesen. Además, estaba ya cansadísima. Sobre la baranda, había anudado sus bracitos, y la asaltaba una especie de sopor; tenía la cabeza apoyada, y abría de vez en cuando sus ojos grandísimos, para ver el aguacero.

Seguía, seguía cayendo la lluvia, y el lívido cielo se fundía en agua. Había pasado un soplo postero, y se oía un retumbar monótono. La lluvia soberana golpeaba sin fin, en medio de una inmovilidad solemne, á la ciudad que había conquistado, silenciosa y desierta. Y era tras el cristal rayado de

aquel diluvio, un París fantasma, de líneas temblorosas, que parecían disolverse. Ya no proporcionaba á Juana más que la necesidad de dormir, con sueños feos, como si todo lo desconocido de la ciudad, el mal que ella ignoraba, se hubiera exhalado entre brumas para penetrar en ella y hacerla toser. Cada vez que abría los ojos, la sacudían hipo de tos, y permanecía algunos segundos contemplando á París; después, al dejar caer de nuevo la cabeza, se llevaba su imagen, y le parecía que caía sobre ella y la aplastaba.

La lluvia caía sin cesar. ¿Qué hora podría ser ya? Juana no hubiese podido decirlo. Quizá el reloj no andaba ya. Le parecía demasiado fatigoso el volverse. Hacía lo menos ocho días que había marchado su madre. Había dejado ya de esperarla, y se resignaba á no volver á verla. Después, lo olvidaba todo, las crueldades que con ella habían tenido, el mal extraño que acababa de padecer, hasta el abandono en que la dejaba el mundo. Una pesadez bajaba hasta ella con frío de piedra. Era muy desgraciada tanto como los pobrecillos perdidos bajo las puertas, á los cuales daba ella limosna. Y esto no cesaría nunca, y sería tan desgraciada durante muchos años; era demasiado grande y demasiado pesado para una niñita como ella. ¡Dios santo! ¡Cómo se tosía, qué frío daba cuando ya no la querían á una! Y cerraba los apesadumbrados párpados, con el vértigo de un sopor febril, y su último pensamiento era un vago recuerdo de la infancia, una visita á un molino, con trigo amarillo, unos granos

pequeñísimos que pasaban por entre unas piedras grandes como casas.

Horas, horas pasaban, y cada minuto llevaba consigo un siglo. La lluvia caía sin descanso ni tregua, con el mismo gotear tranquilo, como si tuviera infinidad de tiempo, toda la eternidad, para anegar la llanura. Juana dormía. Junto á ella, su muñeca, doblada sobre la baranda, con las piernas en la habitación y la cabeza fuera, parecía una ahogada, con la camisa pegada á su piel de color de rosa, sus ojos fijos, sus cabellos chorreando agua; y estaba tan delgada que daba miedo, con aquella postura cómica y desconsoladora de muertecita. Juana, adormecida, tosía; pero no abría ya los ojos; su cabeza rodaba sobre sus cruzados brazos, y la tos terminaba en un silbido sin que la niña se despertara. No había nada ya; dormía en lo negro, y ni siquiera retiraba la mano, cuyos enrojecidos dedos dejaban caer gotas claras, una por una, en el fondo de los vastos espacios que se abrían bajo la ventana. Aquello duró aún horas y horas. En el horizonte, París se había desvanecido como una sombra de ciudad; el cielo se confundía con el brumoso caos de la planicie, y la lluvia gris seguía cayendo con pertinacia.

QUINTA PARTE

I

Era ya de noche hacía bastante rato, cuando volvió Elena á su casa.

Mientras subía penosamente la escalera agarrándose á la baranda, su paraguas goteaba sobre los peldaños. Delante ya de su puerta, permaneció algunos segundos resollando, aturdida aún por el rumor del chubasco á su alrededor, por los codazos de la gente que corría, por el reflejo de los reverberos que danzaban en los charcos. Andaba como en sueños, con la sorpresa de aquellos besos que acababa de dar y de recibir; y mientras buscaba la llave, pensaba en que no sentía ni remordimiento ni alegría. Había sido aquello, y no podía ella hacer que fuese de otra manera. Pero no encontraba la llave; sin duda se la había dejado olvidada en el bolsillo del otro traje. Entonces se sintió muy contrariada, y le pareció que se había arrojado ella misma de su casa. Tuvo que llamar.